

plamiento popular y plebeyo que introduce un igualitarismo —tanto teórico como práctico— desafiante a las concepciones supremacistas del sistema cultural de la Generación del 80.

Para una élite forjada al calor del positivismo supremacista, la posibilidad de ese igualitarismo se convirtió en una desobediencia intolerable a la que había que expulsar, necesariamente, del sistema político. En la decisión de esa élite, se encuentra, quizá, uno de los graves problemas que impide la consolidación de un proceso civilizatorio argentino homogéneo y pluralista.

Décima idea

El peronismo es «el extranjero» en el sistema político

A mediados de la década del sesenta, el sociólogo alemán Norbert Elias, junto con su discípulo John Scotson, publicaron un estudio alumbreador respecto de los comportamientos de segregación entre grupos humanos. Ese libro se tituló *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. En ese texto, ambos investigadores estudiaron el caso de Winston Parva, un conglomerado de casas para trabajadores industriales de la localidad inglesa de Leicestershire, donde se registraba un profundo proceso de discriminación hacia el interior del mismo barrio.

En palabras del autor, la situación era la siguiente: «El recuento de una comunidad suburbana muestra una división tajante en su interior entre un grupo establecido hace mucho tiempo y un grupo más nuevo de residentes, a cuyos miembros el grupo establecido trataba como marginados. Este grupo cerró sus filas en contra de ellos y, por lo general, ponía sobre ellos el estigma de personas de menor valor humano; se consideraba que carecían de la virtud humana superior —el

carisma característico del grupo— que el grupo dominante se atribuía a sí mismo».¹

Continuando con el trabajo, Elias escribe: «Es posible observar, una y otra vez, cómo los grupos que en términos de poder son más fuertes que otros grupos interdependientes se consideran a sí mismos mejores que los otros en término de humanidad». Y a partir de esa premisa establece una serie de precisiones que nos sirve para extrapolar a un esquema conceptual político. Según el trabajo, las personas «superiores» pueden hacer que aquellas menos poderosas sientan que carecen de virtud y que son inferiores en términos humanos. En el caso estudiado se demuestra cómo las viejas familias del barrio se consideraban mejores y trataban a los recién llegados como personas que «no pertenecían» a la comunidad, como si fueran «forasteros».

Lo curioso es que según los resultados de la investigación no había diferencias raciales, económicas, religiosas ni culturales, la única variable que permitía explicar esta actitud relacional era la característica de ser viejo o nuevo residente en el barrio de ese suburbio. En eso se basaba el «arsenal completo de superioridad y desprecio». Es decir que, siempre, en palabras de Elias, en este trabajo «era posible observar las limitaciones de cualquier teoría que solo explique los diferenciales de poder a partir de una posesión monopólica de objetos no humanos como armas o medios de producción, y que ignore los aspectos figuracionales de los diferenciales de poder que solo se deban a

1. Elias, Norbert y Scotson, John L., *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.

los contrastes en el grado de organización de los seres humanos involucrados. Y en el caso estudiado la superioridad del poder se basaba en el alto grado de cohesión de las familias que se habían conocido por más de dos o tres generaciones en comparación de los recién llegados. La exclusión y la estigmatización de los marginados a manos del grupo establecido fueron, por lo tanto, armas poderosas que este último utilizó para conservar su identidad, afirmar su superioridad y mantener a los otros firmemente en su lugar», explica el sociólogo.

Sin hacer extrapolaciones disciplinarias, de la sociología a la política, por ejemplo, me interesa utilizar como metáfora y por qué no como marco o modelo de análisis el trabajo de Elias para pensar la historia argentina. Una de las tesis centrales de este libro es que el peronismo más allá de sus cualidades, defectos y virtudes, y funcionalidades o significacias, fue posicionado como «el extranjero» en el sistema político argentino, como el «forastero», en términos de Elias, como «bárbaro» en el léxico sarmentino, o simplemente como el Otro en el lenguaje de los postestructuralistas franceses.²

Por supuesto que la condición de «extranjero» no tiene ningún valor en sí mismo fuera del sistema relacional entre

2. Para una aproximación al estudio de la *otredad* es fundamental consultar Lévinas, Emmanuel, *Humanismo del otro hombre*, Madrid, Caparrós Editores, 1993; Lacan, Jacques, *Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis: seminarios XI*, Barcelona, Barral Editores, 1977; Derrida, Jacques, *La hospitalidad*, Buenos Aires Ediciones de la Flor, 2023 (y sus seminarios *La bestia y el soberano I y II*, Buenos Aires, Manantial, 2010).

establecidos y marginados, que no revise ninguna calidad, ninguna valoración ni connotación positiva. Es solo una descripción de lugar que podría explicar la estigmatización permanente sobre «lo peronista». Retomando el esquema de Elias, lo que visualizamos en el «sistema cultural» argentino —que incluye el recorrido histórico de un complejo construido por valores, principios, prejuicios, pautas actitudinales, intereses políticos económicos y sociales, por marcos ideológicos, prejuicios instalados, es decir, una forma de percibir la argentinidad— es la instalación de una relación de «superioridad» moral y estética que no se condice demasiado con la realidad.

«Lo peronista» se visualiza como lo marginal permanentemente: feos, sucios y malos, no importa su condición real. Corruptos, inmorales, oportunistas, advenedizos, autoritarios, antirepublicanos, violentos, chorros, impresentables, incorregibles, bárbaros, son algunas de las cualidades que se utilizan como parte de una definición extensional de esa identidad. Y si hay un concepto que engloba «lo peronista» como ningún otro, es el de «negro de mierda».

Esto no significa que no haya peronistas corruptos, inmORALES, oportunistas, advenedizos, autoritarios, antirepublicanos, violentos, chorros, impresentables, incorregibles y bárbaros; los puede haber, y también es cierto que en muchas ocasiones ha aflorado lo peor de la condición humana dentro del sistema cultural de la Argentina peronista. Pero a esto hay que responder tres cosas: 1) que las partes no definen el todo, es decir que haya elementos dentro de un colectivo que tengan determinadas características, eso no define al colectivo; 2) que esas acusaciones son apriorísticas e independientes de las cualidades reales; y 3) que en lo «no peronista», en lo «anti-

peronista» o en el sistema cultural de la Argentina del Proceso de Organización Nacional existen las mismas proporciones o más aún de corrupción, inmoralidad, oportunismo, advenedimiento, autoritarismos, antirepublicanismo, violencia, larocinio, impresentabilidad e imposibilidad de corrección. Pero hay algo que los diferencia: las formas. La civilización comete crímenes —excepto las masacres, claro está— con urbanidad y buenos modales. No arroja bolsos, hace movimientos bancarios y financieros.

La cuestión de la *ortrad* es medular en la construcción del sistema cultural de la Argentina de la Organización Nacional, de aquí en más, la Argentina Establecida. El lenguaje está allí, parafraseando (o manipulando) a Wittgenstein para marcar los límites del mundo. La frontera se traza con el lenguaje que deshumaniza: «negro de mierda», dice cualquier ciudadano y allí establece la tranquera de una argentinidad determinada. El principio esencial sobre el que está fundamentada la estructura de legitimidad política, económica, social y cultural de la Argentina Establecida es el supremacismo. Sin ese elemento no hay otra variable que justifique el establecimiento de una élite criolla por encima de las mayorías.

La operación de «civilización y barbarie», más allá de intenciones del propio Sarmiento, el desprecio a los pueblos originarios y al mestizaje, fueron reforzados por las teorías positivistas de fines del siglo XIX³ —abrazadas oportunamente—

3. Para profundizar sobre el pensamiento positivista del siglo XIX en Argentina, consultar: Terán, Oscar: Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales 1810-1980. Siglo veintiuno edi-

re por la intelectualidad orgánica de la Generación del 80— para justificar una condición de «superioridad», en palabras de Elias, que no se verificaba en las cualidades concretas de esa minoría aventajada económicamente gracias a las dádivas del sistema colonial, a los beneficios del contrabando y la apropiación indebida de tierras —a través de las oscuras leyes de enfiteusis y el alambrado injustificado de grandes extensiones— a las que estaba acostumbrada. No fue la nobleza de origen. No fue la sangre azul. No fue un pasado glorioso. Ni las grandes tradiciones las que formaron esa «superioridad». Fueron las mañas y las picardías las que colocaron en posición dominante a una élite que necesitó el darwinismo social spenceriano y el supremacismo para justificar y sostener esa misma posición.

Aún hay una pregunta para hacer: ¿por qué la élite criolla que construyó la Argentina Establecida no lo hizo sobre parámetros de inclusión económica y homogeneización social y apenas distribuyó derechos civiles y solo estableció —nobleza obliga reconocerlo— a la educación pública como herramienta igualitaria? La razón es exclusivamente económica.

tores, Buenos Aires, 2008, y Vazeilles, José Gabriel: La ideología oligárquica y el terrorismo de Estado, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985. Me refiero, fundamentalmente, a las teorías de autores como José Ramos Mejía desarrollada en su libro La Multitudes Argentinas, Octavio Bunge, en sus trabajos Nuestra América y Nuestra Patria en la que ambos autores desarrollaron un darwinismo social aristocratizante. esas ideas marcaron el clima cultural e ideológico de la Generación del 80.

El historiador británico Eric Hobsbawm explica en su libro *Naciones y nacionalismos* que las naciones, en las formas en que las conocemos, son construcciones del siglo XIX, pero, además, que la palabra «nación» misma está pensada desde el siglo XVIII. Esto nos coloca en un cruce de conceptos: la palabra «nación» y su uso está en función de una palabra que también surgió «políticamente» en el siglo XVIII, que es el término «civilización». En este sentido, el límite a la «nación» es la «civilización» en tanto, no lo salvaje, sino el oscurantismo monárquico, religioso, feudal. Según este marco, formamos parte de una «nación» aquellos que estamos inmersos en una «civilización» que está en contra del viejo régimen. Esta conceptualización será importante tenerla en cuenta cada vez que pensemos en Sarmiento.

El segundo factor que analiza Hobsbawm es que no se trata de una unidad primaria como un clan, una familia, un lugar, sino, por el contrario, de una construcción compleja, variable. «Es el nacionalismo el que crea las naciones», escribe. Primero emerge la idea de nación y luego la creación del Estado-Nación. Y agrega que solo surge en una etapa del desarrollo capitalista, en cuanto una comunidad alcanza un determinado desarrollo económico capitalista. Pero, al mismo tiempo, nos alerta para que no seamos simplistas en nuestra mirada: son construcciones desde arriba pero significan desde abajo, esas significaciones son las que legitiman la construcción de esa nación. Lo que sugiere Hobsbawm es que la nación es hija del mercado y el Estado-Nación, según la teoría liberal, genera la competencia internacional necesaria para que se desarrolle el capitalismo. ¿Por qué? Porque el Estado-Nación garantiza dos cosas: seguridad y defensa de la propiedad privada.

Más allá de la discusión sobre el constructivismo de las naciones —no me interesa entrar en ese debate ahora— resulta útil tener en cuenta que un Estado-Nación es hijo de las condiciones materiales y culturales surgidas en una fase o de un estadio del sistema capitalista determinado: el siglo XIX. Y ese momento histórico presenta una división internacional del trabajo sobre el que se fundan y organizan las naciones. Los países europeos, entonces, forjan sus nacionalidades al calor de los hornos de las fundiciones de la Revolución Industrial, sus burguesías —más allá de sus luchas de clases— construyen Estados-Nación bajo la necesidad de mano de obra y consumidores para sus mercados internos. Los adversarios de la burguesía alemana no son solos los trabajadores alemanes, sino también la burguesía francesa. Hay una necesidad de incorporación a los mercados de esas mayorías muertas de hambre que tan bien describen las novelas de Víctor Hugo, Émile Zola y Charles Dickens, entre otros.

En América Latina, la construcción de los Estados-Nación se encontraba demasiado lejos de las revoluciones industriales. Y la Primera Modernización, sobre la que se asentó la Organización Nacional, encontró a la Argentina cómoda en la división internacional del trabajo que la colaba como productora de materias primas, en especial, carnes y cereales. El modelo agroexportador, entonces, necesitaba muy poca mano de obra y muchos menos consumidores de los que trabajaba. La suerte de la élite económica criolla —terrateniente y no burguesía industrial— no competía contra otras burguesías nacionales, simplemente las necesitaba como complemento. Pero de lo que sí podía prescindir era del mercado interno, de las mayorías argentinas. Las burgue-

sías europeas, para legitimarse como clases dirigentes, debían competir contra otras burguesías, construir «otredad» fronteras afuera de sus propios países. La oligarquía argentina, para legitimarse, debía construir una «otredad» puertas adentro. Y la herramienta más a mano que encontró fue el supremacismo.

Pero ese supremacismo, en términos políticos, la élite de la Argentina Establecida, como en el caso de los barrios descritos por Elias, tampoco encontró elementos «diferenciales» ni morales ni raciales ni ideológicos ni sociales para establecer una superioridad respecto de las nuevas élites políticas, tanto en el yrigoyenismo como en el peronismo. De hecho, durante algunos años, desprendimientos de las antiguas familias tradicionales se entremezclaron con los sectores ascendentes, típicos de todo proceso de modernización y ascenso social. Y si bien había algunas pautas culturales diferenciales que uno podría atribuir a los procesos de capitalización simbólica definidos por Pierre Bourdieu en su estudio *La distinción*,⁴ en el momento del choque de los procesos de modernización —las primeras décadas del peronismo, por ejemplo— con el correr del tiempo se volvieron mínimas —sobre todo con el correr de maridaje de las viejas familias de origen vasco con la ascendente burguesía de origen italiano— y aquella pureza de formas aristocráticas fue perdiendo encanto.

El momento cúlmine de ese proceso fue el encantamiento recíproco que ambas élites —la tradicional y aquella surgida

4. Bourdieu, Pierre; *La distinción*, Editorial Taurus, Buenos Aires, 2012.

del peronismo— se encontraron en la segunda estrategia de hegemonización política o civilizatoria —ya hablaremos de esto más adelante— que un sector de la dirigencia peronista intentó durante el menemismo. Por lo tanto, podría llegarse a una tenue conclusión en la que sería lícito afirmar que el gran valor de la élite criolla no es más que el afincamiento previo —como los viejos pobladores del barrio de los suburbios de Leicestershire— respecto de la intención de establecerse en el proceso civilizatorio argentino.

Pero volvamos a Elias para que nos acerque un poco más de luz sobre los procesos de diferenciación de los grupos. Explica el sociólogo alemán:

Un mayor grado de cohesión permite a un grupo reservar para sus miembros posiciones sociales con un potencial de valor elevado de un tipo diferente, con lo que refuerza su cohesión y le permite excluir de ellas a miembros de otros grupos, lo que, en esencia, es a lo que uno se refiere cuando habla de una configuración entre establecidos y marginados [...]. Un grupo establecido tiende a atribuir a su grupo marginado, como un todo, las características malas de la peor sección del grupo: de su minoría anómica. En comparación, la imagen que el grupo establecido tiene de sí tiende a modelarse sobre su sección ejemplar, la más nómica o normativa: sobre la minoría de sus mejores miembros [...]. El grupo de viejos residentes, familias cuyos miembros se conocían desde hacía más de una generación, habían establecido un modo de vida común para ellos y un conjunto de reglas. Por esta razón, la afluencia de recién llegados a su vecindario se experimentó como una amenaza a la forma

de vida establecida, aun cuando los recién llegados eran sus connacionales. [...] Con el fin de preservar algo que ellos consideraban de gran valor, cerraron filas contra los recién llegados, protegiendo, así, su identidad como grupo y afirmando su superioridad.

¿Por qué utilizar un trabajo microsociológico de Elias para intentar comprender las contradicciones hacia el interior de un proceso civilizatorio como el caso argentino? Sencillo, porque considero que la política no solo se entiende y se define por el conflicto de intereses económicos, sino también por formas relacionales de conductas grupales y particulares. Y, porque, además, las conductas sociales también influyen sobre las decisiones individuales, tanto en política en el nivel de las élites como en el de los grupos subalternos que elaboran estrategias de supervivencia y de desarrollo individuales. En función de esto, la estigmatización de «lo peronista» influyó no solo en el abroquelamiento de los sectores dominantes, sino también en los deseos aspiracionales de las clases medias «blancas» que pactaron y aceptaron, previamente al surgimiento del peronismo, la conducción del proceso de Organización Nacional y sus reorganizaciones posteriores.

En síntesis, y si se me permite la ironía, dentro del sistema cultural argentino ser «antiperonista» es ante todo un buen negocio (esto dicho a conciencia de los buenos negocios que también a veces hacen los peronistas). Y es en este punto donde vuelve a enriquecernos el párrafo citado de Elias: «Un mayor grado de cohesión permite a un grupo reservar para sus miembros posiciones sociales con un potencial de valor elevado de un tipo diferente, con lo que refuerza su cohesión

Hernán Brienza

y le permite excluir de ellas a miembros de otros grupos, lo que, en esencia, es a lo que uno se refiere cuando habla de una configuración entre establecidos y marginados».

La explicación de estos acomodamientos también la tiene

Elias:

La mecánica de la estigmatización no se puede entender fácilmente sin una mirada cercana al papel que desempeña la imagen que una persona tiene de la posición de su grupo en relación con los otros y, por lo tanto, de su propia posición como miembro de ese grupo [...]. Todos aquellos que pertenecen participan de él, pero deben pagar por ello. La participación de la superioridad de un grupo y su carisma grupal únicos son, por decirlo de alguna manera, la recompensa por someterse a las reglas específicas de ese grupo. Como sucede en esos casos, la lógica de las emociones es severa: la superioridad de poder se iguala al mérito humano, el mérito humano a la gracia de la naturaleza o de los dioses. La gratificación recibida a partir de nuestra porción de carisma grupal compensa el sacrificio personal de la gratificación en forma de sumisión a normas grupales.

Y Elias profundiza los mecanismos de esa estigmatización:

Los marginados se experimentan como anónimos. El contacto cercano con ellos, por lo tanto, se considera desagradable. Ponen en riesgo las defensas inherentes del grupo establecido contra el quebrantamiento de reglas y tabús comunes, de cuyo cumplimiento depende tanto la posición de una per-

¿Para qué sirvió el peronismo?

sona entre sus congéneres dentro de un grupo establecido, como su respeto por sí misma, su orgullo, su identidad como miembro del grupo superior. El hecho de que los establecidos cierren sus filas cumple, sin duda, la función social de preservar la superioridad de poder del grupo.

No es casual que la palabra que más se utiliza para describir los sentimientos hacia lo estigmatizado dentro de la sociedad argentina sea el término «asco». «Asco» sentían los porteños ante las prácticas «anómicas» de los gauchos, «asco» sentían los autores del diario *La Frontera* ante el pensamiento y la acción política de «los negroides»⁵ durante el gobierno de Hipólito Yrigoyen, «asco» sienten hacia los «negros de mierda» del peronismo, «asco» sienten ante las cucarachas kirchneristas y «asco» provocan los orcos que quieren oponerse al enésimo intento de reorganizar la nación de la Argentina Establecida en la actualidad. Y como el sentimiento que deben acrecentar es justamente el del «asco», es que utilizan significantes escatológicos y alimañas para describir a sus opositores. Los nazis, por ejemplo, eligieron el significantemente «rata» para referirse a los judíos que después exterminaron por millones.

Pero no se trata solo de un proceso de estigmatización, de cosificación y de deshumanización para marginar o incluso exterminar al Otro. Es fundamentalmente un método de control social: el miedo a la contaminación, a la infección

5. Vazeilles, José Gabriel, *La ideología oligárquica y el terrorismo de Estado*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.

anómica. «Los miembros de grupos establecidos —sentencia Elias—, y aún más aquellos grupos que aspiran a la clase dirigente, se enorgullecen de ser más limpios que los marginados de manera literal y figurativa; y, dadas las condiciones más pobres de muchos grupos marginados, probablemente suelen estar en lo correcto». Y continúa:

La opinión interna de cualquier grupo con un alto grado de cohesión tiene una influencia profunda sobre sus miembros como fuerza reguladora de sus sentimientos y de su conducta. Si se trata de un grupo establecido que reserva de manera monopólica para sus miembros el acceso a los recursos de poder y el carisma grupal, este efecto resulta particularmente pronunciado. Esto se debe en parte al hecho de que el índice de poder de un miembro del grupo disminuye si su comportamiento y sus sentimientos se oponen a la opinión grupal de manera tal que esta se vuelve en su contra. Ya que la lucha competitiva intestina de algún tipo es una característica permanente de los grupos de cohesión, la disminución en la posición de un miembro del grupo en el estatus del orden interno debilita su habilidad para mantener la suya en la competencia interna del grupo por el poder y el estatus; en casos severos puede exponerlo a la presión del susurro de chismes incriminatorios o quizás a la estigmatización abierta dentro del grupo, misma que puede ser tan constante y dañina como la estigmatización de los marginados [...]. La imagen y el respeto propios de un miembro se vinculan con lo que otros miembros del grupo piensen de él. [...] Se trata de la relación entre estos dos tipos de funciones reguladoras (que suelen distinguirse como «social» y «psicológica»)

en diferentes etapas del proceso grupal llamado «desarrollo social».

Interesante lo que plantea Elias en estos párrafos y quizás aquí encontremos algunas herramientas para comprender la persistencia social del anti-peronismo en la élite de la Argentina Establecida y en algunos sectores de la clase media. La sugerencia de que la estigmatización no es tan fuerte para con los marginados sino contra los establecidos que inician algún tipo de contacto con los del otro grupo explica por qué el «autocontrol» es tan severo. Y algo de cierto hay en ellos. La represión aleccionadora no es tanto contra los sectores populares en sí —ellos son siempre víctimas de las dominaciones—, sino contra la dirigencia de los grupos «forasteros» del sistema político y, sobre todo, para los integrantes de las clases medias que «se convierten» y «traicionan» a su pertenencia al grupo de establecidos.

Ese disciplinamiento se hace más brutal según el grado de aproximación que haya entre los dos grupos. Con el correr de las páginas de su trabajo, Elias comienza a darle un tono más político a sus observaciones:

Las tensiones y los conflictos de grupos inherentes a esta manera de vinculación pueden estar dormidos (como suele ser el caso cuando los diferenciales de poder son muy grandes), pueden salir a la luz en forma de conflictos continuos (como suele suceder si el equilibrio de poder cambia a favor de los marginados), pero sea cual fuere el caso, es imposible entender la fuerza imperiosa de este tipo de vínculos y la impotencia particular de los grupos de personas que se

vinculan entre sí de esta manera si no se ve claramente que están atrapados en un doble nudo. Si la dependencia es casi totalmente unilateral y el diferencial de poder entre establecidos y marginados es, por consiguiente, muy elevado, esto puede volverse inoperante; como, por ejemplo, en el caso de los indios americanos en algunos países latinoamericanos. En tales casos, los marginados no cumplen ninguna función para los grupos establecidos, son un simple obstáculo y, como tales, se los extermina o se los expulsa y deja morir. Sin embargo, cuando los grupos establecidos necesitan de alguna manera a los grupos marginados, cuando cumplen alguna función, este doble nudo comienza a trabajar de manera más evidente y lo hace cada vez más si la desigualdad de la dependencia, sin desaparecer, disminuye.

Interesantísimo párrafo —y sepan disculpar el entusiasmo que me provoca la riqueza de las ideas— que explica de qué manera se profundiza la estigmatización cuando la posibilidad de igualación de poder de los dos grupos aumenta y cómo se atempera cuando se produce una lejanía en la dominación en la que no son necesarios los mecanismos de sometimiento del grupo de marginados a manos de los establecidos. Es absolutamente tentador aplicar esta máxima al proceso histórico argentino y visualizar en qué momento esa estigmatización y esa represión se hace más evidente. Será objeto de otros trabajos pero no deja de ser un elemento de análisis extraordinario para comprender las relaciones entre la Argentina Establecida y la Argentina Forastera.

Por último, Elias gusta de elaborar una respuesta misteriosa a las formas en que los diferentes grupos pueden al-

renarse o sucederse en el poder: «La compleja polifonía del movimiento de auge y caída de los grupos en el tiempo —de grupos establecidos que se convierten en marginados o, como grupos, desaparecen por completo, de grupos marginados cuyos representantes avanzan como una nueva clase dominante en posiciones que antes tenían negadas o, como puede suceder, que se paralizan por la opresión— se mantiene en buena medida oculta».

No sabemos, como Elias, cuándo, en qué momento, se produce ese movimiento de grupos y élites. Es un misterio político. Pero aplicado a la historia de nuestro país, podríamos decir que ese movimiento no se ha producido todavía en la Argentina. Aunque sí podemos afirmar que durante décadas se ha mantenido un explosivo empate hegemónico. En el próximo capítulo ensayaré una tesis al respecto: el peronismo, a lo largo de su existencia, ha elaborado cuatro estrategias diferentes para establecerse como grupo dirigente del proceso civilizatorio argentino.